

LA ESTABILIDAD EN UN CONTEXTO DINÁMICO

A. INTRODUCCIÓN

En el mundo de hoy se producen fenómenos colectivistas que suscitan gran interés. Hasta hace poco venían surgiendo seguidamente y como protesta colectividades de jóvenes, más sensacionalmente los llamados “hippies”, especialmente en los países más acaudalados, sin que fueran desconocidos en lugares menos favorecidos económicamente. Por un lado se formaron comunidades de fraternidad cristiana y por el otro lado agrupaciones para nuevas explotaciones, como los mal llamados “Niños de Dios”.

Una mirada al escenario contemporáneo nos hace ver una variedad multifacética de movimientos comunales. No tiene menos importancia el movimiento “kibutziano” que ha florecido y prosperado en el actual Israel, en donde la experiencia de los últimos treinta años ha venido a modificar el aspecto del país y el de sus habitantes. El cambio se ha efectuado principalmente en lo económico con profundas repercusiones en lo social, ya que se dice que más de la mitad de los ministros del gabinete ha tenido la experiencia viva de un kibutz, así como muchos parlamentarios y el 40% de los oficiales del ejército.

Todos los experimentos en el colectivismo, tanto los actuales como los de la historia, presentan la voluntad personal por fundamento y muchos se basan en el colectivismo bíblico. Surgen con frecuencia como crítica a la sociedad y a sus valores y llegan a ser una verdadera contra-cultura de voz profética. (Por ejemplo, contra el consumismo o la degradación moral, la superficialidad, el egoísmo, el diletantismo, la fragmentación, etc.).

Una ideología viene siendo el aglutinante de los miembros de la colectividad, que pueden ser social-revolucionarios, utopistas, religiosos, marxistas, monásticos, etc. El individuo se vincula a la colectividad por medio de un proceder común y ritualmente elaborado. Después de un período de prueba, por largo o corto que hubiera sido, si demuestra una adaptación ideológica y personal a la vida, queda incorporado a ella, con los derechos bien definidos que pertenecen a la referida comunidad, es decir, derechos normalmente activos y pasivos en las organizaciones que suelen ser en distintos grados, sociedades democráticas.

Hasta aquí se podría describir una comunidad monástica. Pero hay un elemento que falta, un elemento esencial de una vida verdaderamente profética⁹².

En la mayoría de los movimientos colectivistas la vivencia suele ser temporal. De tres a ocho meses. De uno a cinco años o más. Comúnmente un tiempo indefinido. Cuando el individuo quiere desvincularse de la colectividad cualesquiera que sean los motivos que tenga para ello, está libre de hacerlo, o puede ser expulsado o excomulgado por sus compañeros. Durante el tiempo que permanece en la colectividad puede experimentar una integración trascendental, un amor familiar, interés mutuo de los unos para con los otros, la libertad de no preocuparse por las exigencias materiales de la vida, o

⁹² Aquí se toma una vida profética en un sentido bíblico, es decir, un profeta es alguien que no quiere ser llamado pero es llamado por Yavé y en su respuesta nunca deja de actuar en nombre de Yavé a pesar de las dificultades y los rechazos en su misión, Véase el *Comentario Bíblico “San Jerónimo”* I, 604 ss. (Madrid, Ediciones Cristiandad, 1971) para una discusión a fondo del tema.

todo esto a la vez, o algo distinto. De todos modos su vida es provisional. No tiene compromiso de fondo.

Es en el monacato, especialmente en el inspirado por la Regla de Benito (RB), donde se encuentra la promesa de la permanencia en la colectividad “hasta la muerte” (*Flp* 2,8) apoyada y sostenida por un voto, el voto de los *estabilidad*. Es éste el que da su peculiar característica al colectivismo monacal. Es la clave del espíritu monástico, como la pobreza es la piedra de toque de los franciscanos.

B. RAÍCES DE LA ESTABILIDAD EN LA TRADICIÓN

La estabilidad en la vivencia monástica no ha surgido con el autor occidental de la RB sino que fue hallada en la tradición monástica, que florecía ya desde hacía tres siglos en el sector oriental del mundo Mediterráneo. Y a pesar de este desarrollo y crecimiento el fundamento siempre se buscó en la Escritura misma⁹³.

Con su perspicacia y penetración en la psique humana los padres del desierto egipcio captaron que así como un árbol no puede dar fruto si se trasplanta frecuentemente, tampoco podría un monje producir fruto si cambiase de hogar a menudo⁹⁴. Pacomio había encontrado precisamente en este hecho el vigor y la pujanza para la formación de una agrupación en el desierto. Llamó la atención sobre la importancia del local y estableció un *koinobion*, en donde todos trabajaban y se servían mutuamente⁹⁵.

Casiano, al popularizar el ideal monástico en el Occidente, aunque más en su forma anacorética, no dice mucho sobre la estabilidad en sí. Por el contrario, Cesáreo de Arlés, veinte años antes del autor de la RB (¿Benito de Nursia será?), insistió que sin estabilidad no era posible una vida ordenada y, claro está una dirección abacial⁹⁶. Y Basilio escribió que si el monje deja su comunidad por inconstancia, no debe ser recibido en ninguna otra de las hermandades⁹⁷. Sin embargo, fue el genio del autor de la RB quien llevó la estabilidad a formar parte de la profesión monástica misma, en lo que refleja un cambio sustancial respecto a la Regla del Maestro, que tanto copió⁹⁸.

Sin duda también, hubo algunos en la historia monástica que tomaron la estabilidad del lugar (*stabilitas loci*) como principio absoluto. Los estilitas que se encaramaban a una columna son un ejemplo. Los reclusos emparedados que se encerraban entre cuatro paredes, siendo una de las más conocidas Juliana de Norwich (1342-1416), son otro. Pero en su mayor parte tales expresiones fueron exageraciones de estabilidad en un lugar, y sancionadas en ocasiones. Aunque algunos alcanzaron así una santidad, nunca fue juzgado esto lo importante del espíritu monástico de estabilidad.

De hecho, la estabilidad *del lugar* no se impuso como absoluta, como se puede ver, desde el principio. Antonio dejó su eremitorio en el desierto egipcio para acudir a Alejandría cuando fue necesario asistir

⁹³ Algunas citas bíblicas que son relevantes son *Lc* 8,11-15; *Jn* 15,1-17; *Pr* 27,8.

⁹⁴ También en las *Verba Seniorum*, *Syncretica*, 6 (*The Sayings of the Desert Fathers*, trans. Benedicta Ward, London, Alden Press, 1971, p. 194): “Si vives en una comunidad monástica, no vayas de un lugar a otro. Si lo haces, te perjudicará. Si una gallina deja de incubar los huevos, no criará polluelos. Al monje y a la monja que se trasladan de un sitio a otro, se les entibia y muere su fe”. Otra referencia citada en A. ROBERTS, “El voto de estabilidad”, *Cuadernos Monásticos* 14, 1970, 141-168: “Los padres decían: si surge alguna tentación en el lugar donde moras en el desierto, no salgas de allá en la hora de la tentación. Porque si sales en ese momento, vas a encontrar la misma tentación esperándote dondequiera que vayas”.

⁹⁵ Véase *The Life of Pachomius*, trans. Apóstoles A. Athanassakis (Scholars Press, Missoula, 1975). En la discusión sobre los principios de la idea de la estabilidad en la tradición monástica no se habla de los orígenes en Siria y en Israel que tienen igual antigüedad a la de Egipto porque no aportan mucho al desarrollo de una estabilidad que se impuso como ley en el occidente con el paso del tiempo.

⁹⁶ *Reg. ad mon.* i: “En primer lugar si alguien viene a la conversión –es decir, a la vida monástica– que sea recibido con la condición de que persevere hasta la muerte”.

⁹⁷ *Regulae fusiis tractatae*, 36.

⁹⁸ En la Regla del Maestro la palabra *stabilitas* se encuentra cinco veces (64,2; 87,35. 88. título, 88,1, y 89,34). Se refiere a la pobreza en todas estas citas menos en la primera donde se refiere a la fidelidad en el servicio de Dios. La Regla del Maestro puede encontrarse en traducción española en *Cistercium* (trans. B. Sella) donde el primer cuarto está en los números 142 y siguientes.

a los mártires o predicar en contra de los herejes⁹⁹. El primer santo, no mártir, que tuvo culto en el occidente fue el monje-obispo Martín de Tours quien encarnó el nuevo martirio diario de una vida de fidelidad¹⁰⁰.

Los monjes-obispos Basilio y los dos Gregorios en Asia Menor y una larga serie en la Galia recalcan que la estabilidad monástica puede y debe estar al servicio de la Iglesia universal. Gregorio Magno, papa, aunque anhelando siempre la paz y la quietud de que gozara antes de asumir su cargo pastoral¹⁰¹ sirvió con gran energía, aprovechando el potencial evangelizador de los monjes en su bien conocida misión a Inglaterra, donde más tarde Anselmo podría confesar¹⁰² que era monje de Bec por opción, y por necesidad llamado a ser arzobispo de Cantorbery. A través de los siglos, tanto ermitaños como cenobitas ejercieron una considerable aunque restringida actividad en favor de las necesidades evangelizadoras espirituales y corporales de sus contemporáneos¹⁰³. Fue la estabilidad interior (*stabilitas cordis*) la que reinó en primer lugar.

Históricamente, el impulso hacia un *voto* de estabilidad lo dio la cantidad de auto-llamados monjes que andaban de lugar en lugar nada más que aprovechándose de los bienes y la hospitalidad de otros¹⁰⁴, en la Italia del siglo VI, desbaratada y deshecha por las guerras civiles y la inseguridad que le impusieron las incursiones frecuentes de los diversos bárbaros. Con Mateo 8.20 en sus labios –“las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza”– estos vagabundos torcieron la espiritualidad evangélica de que somos todos extranjeros en el mundo buscando la patria celestial para engañar a los demás y exigirles toda clase de servicios en nombre del evangelio¹⁰⁵.

Por eso, la estabilidad, en la mayor parte de la tradición, no se tomó en sentido negativo, el de huir, el de encerrarse para evitar un mundo de maldad, que no es nada más que un no tan sutil dualismo. Clausurarse para no tener contacto con el mal y el pecado del mundo no tiene mucho sentido. Más bien fue tomada la estabilidad como un medio positivo que implica de inmediato lo que dice la RB “establecer una escuela del servicio divino” (RB, Pról 45) donde el monje se compromete a un proceso continuo de formación “hasta la muerte” (RB, Pról 50)¹⁰⁶. En la RB este proceso se delinea en términos de “servicio militar” (RB Pról 3, 21, 40; 1.2; 58.10) con un realismo y pleno entendimiento de que toda vida, y cuánto más la del monje, es una lucha y no un sueño pasajero¹⁰⁷.

⁹⁹ ATANASIUS, *Vita Antonii* 46 y 69.

¹⁰⁰ SULPICIUS SEVERUS, *Vita Martini, passim*.

¹⁰¹ *Diálogos*, prefacio.

¹⁰² Libro 3, Carta 156, en PL 159, col. 189.

¹⁰³ Se puede pensar en muchos ejemplos a través de la historia monástica como en el de la gran abadía de Cluny por su importancia en los tiempos de la edad oscura en Europa. Fue también la estabilidad benedictina la que hizo posible una gran obra evangelizadora en Norteamérica en el siglo pasado bajo la dirección de Bonifacio Wimmer de Metten, debido a la intrínseca adaptabilidad del monaquismo a nuevos tiempos y circunstancias. Véase J. OETGEN, *An American Abbot* (The Archabbey Press, Latrobe, 1976).

¹⁰⁴ Una descripción burlesca e inolvidable se encuentra en la Regla del Maestro 1,13-74.

¹⁰⁵ El movimiento franciscano tomó más tarde esa fuerza de espiritualidad dándole una manifestación institucionalizada que forma parte del patrimonio variado de la Iglesia. Pero aún allá cabe recordar que el espíritu carismático de san Francisco mismo fue de tal romanticismo que tres años después de la aceptación de su Regla y de la orden de frailes menores en el Concilio de Letrán de 1215, fue obligado a renunciar a la dirección de su “orden desordenada” en manos de otro fraile.

¹⁰⁶ Es de notar aquí que los votos se refieren a medios y no a fines. No se puede hacer el voto de estar siempre alegre, de ser persona generosa y amable, de nunca pecar, o de amar con todo el ser, sino que las personas hacen votos con los que escogen y acogen los medios que deberán encaminarlas a los fines aludidos por. sobre las muchas imperfecciones y repetidas fallas.

¹⁰⁷ Tratar de ‘escuela’ y de ‘servicio militar’ nos bosqueja unos modelos que la RB transfiere al monasterio. El modelo de la escuela surge de las escuelas rabínicas o escuelas de sabiduría en el judaísmo intertestamentario e inclusive hasta el siglo VI de nuestra era, y a la vez de la Stoa que brotó en Grecia y en todo el mundo Mediterráneo que fue su dependencia por siglos. En nuestros días la metodología de utilizar modelos se ha puesto de moda para instituciones y el aporte a la institución eclesial de A. DULLES en *Modelos de la Iglesia* (Ediciones Sal Terrae Santander, 1975) es laudable. Un estudio de las figuras de la vida monástica constituiría una contribución de valor inestimable (escuela, rebaño, familia, servicio militar, etc.). Un aporte reciente se encuentra en A. DE VOGÜÉ, *La Règle de Saint Benoît, Tomo VII – Comentaire Doctrinal et Spirituel* (Les Editions du Cerf, Paris, 1977) sobre la escuela del monasterio donde Mt 11,29-30 (“Aprended de mí...”) es tomado como inspiración para la relación abad-discípulo en esta escuela que supone a la vez un tiempo de ocio para poder aprender los preceptos del maestro (RB Prol. 1-3).

C. HACIA UNA TEOLOGÍA DE LA ESTABILIDAD EN LA TRADICIÓN MONÁSTICA

En la tradición monástica pre-benedictina y en la fuerza, conservadora y pujante a la vez, de la RB, la estabilidad se entiende como permanencia en la familia de profesión. Su significado no se concentra en una inmovilidad sino que se manifiesta en conjunto con la obediencia y la *conversatio morum*, un nuevo tipo de sociedad¹⁰⁸. De hecho los tres votos monásticos son nada más que tres facetas del único compromiso monástico-benedictino. Por eso es muy difícil circunscribir cada uno de los tres sin caer en el campo reservado a los otros¹⁰⁹. El problema es especialmente complicado y enredado entre la *conversatio morum* y la estabilidad. En realidad el monje promete fidelidad hasta la muerte (estabilidad), como la continuación de su original opción, por medio del diálogo con la comunidad, especialmente con su superior (obediencia). Se puede decir que es la CM la que trae al individuo al monasterio y es la estabilidad la que lo conserva allí.

En esta firmeza de intención y en esta constancia el monje encuentra su gran capacidad y flexibilidad para ‘echar raíces’. El voto de estabilidad proporciona al monje una gran amplitud para una inserción profunda dondequiera su comunidad se encuentre. La fidelidad a una tradición monástica específica puede llevar al monje e inclusive a la comunidad a una rutina muerta, o a la conservación de tradiciones inútiles (triumfalismos, provincialismos, etc.) que no son su función vivificadora. Es la capacidad de volverse institución local¹¹⁰, inserta en un sitio dado, entre tal gente, en tal diócesis, en tal país lo que da las posibilidades de unas manifestaciones tan variadas y tan vivas a los seguidores de la espiritualidad de la RB.

La estabilidad monástica es un ‘dejarse llevar’ a seguir la llamada de una comunidad dada, una comunidad con imperfecciones, con hombres poco ideales, y con muchos contratiempos. Es posible que el monasterio pueda adolecer de una administración poco competente y decaer abiertamente¹¹¹ y por eso el individuo mira a otras comunidades donde todo parece bien ordenado y los miembros ejemplares. Generalmente en tales casos el monje es víctima de sus propias ilusiones y supuestas utopías.

Lo específico y lo particular de la comunidad dada constituye la piedra de toque del crecimiento espiritual. Esta comunidad sería la encarnación del evangelio aquí y ahora para mí. El ‘dejarse llevar’ de la estabilidad se combinaría con la *conversatio morum* para conducir al monje en fidelidad al primer impulso recibido en su bautismo, a una interiorización de las virtudes y disciplinas de una vida

¹⁰⁸ En la RB hay referencia específica a la estabilidad cinco veces: el individuo vive su existencia monacal dentro del recinto del monasterio (4,78), los novicios siguen su formación únicamente si tienen buena disposición a la estabilidad (58,9) y la prometen (58,17), y los ya ordenados (60,9) o monjes peregrinos (61,5) son admitidos únicamente si prometen estabilidad, una medida clara contra el vagabundo. Si en todos la estabilidad se vio como la señal más clara y prometedor de un progreso espiritual, tanto más fue considerada así en los últimos aludidos que –¡por fin!– estaban ya dispuestos a abandonar su vida de peregrinaciones.

Si aceptamos la teoría de las fuentes de la RB que cada día adquiere más vigencia, la del P. A. de VOGÜÉ, que muestra en la RB una dependencia literaria y teológica de la RM, ninguna de estas referencias proviene de la sección correspondiente en la RM. La única referencia de estabilidad en la RM que no se refiere a la pobreza (véase la nota 7) no fue asumida por la RB en su capítulo correspondiente sobre cuántas veces debiera recibirse a los monjes que salen del monasterio –RB 29– mostrando la persistencia la RB en cuanto a la estabilidad se refiere.

Además de las situaciones de estabilidad en sí, la RB rebosa de lenguaje y espíritu que implica y sugiere lo mismo: perseverancia, paciencia, permanencia, constancia, firmeza de intención, fidelidad, recogimiento, continuidad, etc.

¹⁰⁹ Una discusión de este problema se encuentra en A. WATHEN *et alia*, Monastic Institute of Federation of Americas 1973, *American Benedictine Review* 25 (1974), 246-285 y en A. WATHEN, “*Conversatio* and Stability in the Rule of St. Benedict”, *Monastic Studies* 11 (1975), 1-44.

¹¹⁰ En la presentación se toma institución según su naturaleza sociológica, es decir, la ordenación de un conjunto de elementos, que solucionan el problema actual por medio de cosas, ritos, mitos, etc. Cuando los problemas o las situaciones evolucionan, el orden también tiene que reflejar ese cambio. Si no, burocracia. Es por esta última que instituciones en general son objeto de ataque tan abierto de todos lados porque hoy día los problemas evolucionan a una velocidad jamás conocida hasta hace muy poco. Puede añadirse que el cenobitismo en su primer movimiento fue nada más que la institucionalización de la relación maestro-discípulo.

¹¹¹ Véase la descripción en C. J. PEIFFER, *Espiritualidad Monástica* (Ediciones Monte Casino, Zamora, 1976).

en comunidad. Siendo ésta la comunidad del monje, es aquí donde encuentra su diálogo entre lo permanente y perseverante y lo dinámico y pujante¹¹².

Por medio de la estabilidad, la realidad del medio ambiente –en el contexto de *esta* comunidad específica– se transforma en motivaciones interiores y el ideal se hace real y actual, encarnado en la vida cotidiana. Es decir, un valor teórico llega a ser valor operacional, la moralidad de tabú se cambia en una moralidad de un yo fuerte por medio de la plenitud de la interiorización¹¹³. En este movimiento, verdaderamente se puede ver el renacimiento, un ‘rebautismo’¹¹⁴ donde el individuo está llamado a una nueva identidad y a una existencia más profunda y amplia en amor, sabiduría, creatividad y paz. En otros términos, se facilitan cambios de comportamiento que brotan de lo profundo del ser.

Por medio de la estabilidad la persona se compromete a la creación positiva de un ambiente de vida (tradicionalmente descrita en términos de ascetismo, oración, silencio, ayuno corporal y espiritual, clausura, etc.). Se toma en cuenta la persona como espíritu encarnado y se crea un centro ambiental para aprendizaje como contexto o marco donde viven los de la comunidad una vida de conversión ‘escuela del servicio divino’. La persona humana se realiza no sólo por la comunión con otros sino por la comunión encarnada visiblemente en una estructura, estructura de la comunidad y de su trabajo.

La estabilidad llama al monje a seguir lejos de la seguridad, a estar listo para soportar tensiones y debilidades, a trabajar con paciencia para que progrese la comunidad sabiendo que la transformación vendrá lentamente, únicamente con estos tipos bien definidos y limitados, cuyas cabezas no pueden reemplazarse.

Es por eso que el lema de ‘Ora et Labora’ es tan apto porque abarca toda la vida promoviendo y fomentando la interiorización de la tradición¹¹⁵ por medio del trabajo que se hace en la comunidad. Y no hay ningún trabajo que sea esencialmente monástico, ni trabajo que no sea monástico, sino lo que se adapta mejor a la vida monástica en ese sitio. Lo que sí importa, es que la comunidad en sí tenga sentido de apostolado y de misión, de arraigo: la estabilidad monástica se extiende más allá de sus cuatro paredes. La estabilidad es la cáscara del organismo que protege y promueve. El apostolado es la forma de la inserción muy concreta y eficaz¹¹⁶. Cualquier actividad brota de la vida de oración vivida en la comunidad local y este interés común promueve la constancia en el compromiso.

Así la comunidad en su estabilidad de propósito es sacramento, una señal de la presencia de Dios con todas sus particularidades de tiempo y de lugar. En la firmeza del propósito de seguir adelante abierta al Espíritu –la tensión entre el ‘Ya sí y el ‘todavía no’ –la comunidad encuentra su fecundidad fraternal.

¹¹² En el instituto aludido en la nota 18, Aelred KAVANAUGH expuso la base bíblica de la estabilidad. Vio en el desarrollo del movimiento Yavista en el Antiguo Testamento un fenómeno similar al del monje en su monasterio. Yavé se reveló como Dios sin lugar de influencia, un Dios de nómadas. Más tarde cuando ya tenía un lugar –un majestuoso templo con rito elaborado y culto regulado– no se convirtió en un Dios estático y estéril que podía manipularse, que solía señalar el rumbo cuando los nómadas se asentaban. Es un hecho digno de llamarse milagroso que los israelitas no dejaron a Yavé por los dioses de los otros pueblos asentados en Canaan, aunque una gran tensión se refleja en muchos de los escritos del Antiguo Testamento especialmente cuanto se refiere al dios Baal. Los israelitas siguieron fieles –con condiciones a veces– en su compromiso pero manifestado siempre a lo largo de la historia. La fidelidad guardó la semilla de crecimiento. Ya bien establecidos en Canaan, los profetas nunca dejaron de recordarles que su Dios no fue el Dios del *statu quo*. Ellos criticaron la realeza, la injusticia social, el culto superficial etc., y lo hicieron en nombre de Yavé: “Así dice Yavé”. El pueblo reconoció en ellos lo mejor de su conciencia colectiva. La tensión entre Yavé estático y Yavé dinámico se ve en la respuesta del monje en su estabilidad y su *conversatio morum*. En los dos su papel profético se destaca y las posibilidades se ven sin límites.

¹¹³ T. MERTON («Final Integration: Toward a “Monastic Therapy”», *Monastic Studies* 6 [1969] 87-99) sugiere el examen de los nuevos e insólitos modos de describir la plenitud de maduración y autodescubrimiento que pueden aportar mucho a un crecimiento en el Espíritu.

¹¹⁴ Véase G. MORIN, *El Ideal de la Vida Monástica*, capítulo 4, con relación entre profesión y bautismo.

¹¹⁵ Aquí se entiende la tradición más bien como la participación activa en el desarrollo de una espiritualidad en la comunidad, casi como un verbo, es decir, “Tradicionar”. Así cada cual ejerce su imperativo de construir el Reino de Dios dondequiera que se encuentre.

¹¹⁶ Una lista no exhaustiva: educación, liturgia, parroquias, centro de retiros-conferencias-peregrinajes-grupos juveniles, ecumenismo, dedicación a estudios, escribir artículos, editorial de revistas, diseminación del mensaje evangélico en los medios masivos de comunicación, agricultura, misiones, hospitales, etc.

D. RETOS A LA ESTABILIDAD: LA EXPERIENCIA EN EL MUNDO Y EN AMÉRICA LATINA

En el mundo de fines del siglo XX se habla más y más de cambios de profesión, no sólo una vez en la vida, sino dos, tres o cuatro veces. Las razones para tales cambios varían, quedando en pie la vigencia del pleno desarrollo personal. Están de moda también encuentros con la Tercera Edad (o la Edad de Oro, o de los años de la puesta del sol, etc.) y hay muchos que con una mejor dieta y los adelantos de la medicina pudieron llegar hasta la Cuarta Edad¹¹⁷.

Turismo, excursiones –de negocios o de placer– se hacen cada día más comunes, donde las distancias no se miden más en kilómetros o meses, sino en horas y minutos. Viajes de tal índole no constituyen la prerrogativa de los acomodados, sino que están al alcance de una población cada día mayor. (¡Hasta monjes y monjas para encuentros monásticos a nivel continental!).

Con las maravillas de la comunicación masiva e instantánea las noticias del mundo se conocen al mismo tiempo en toda la superficie de nuestro globo. Provincialismos, y hasta nacionalismos, significan cada vez menos ya que todos resultan ser ciudadanos del “pueblo global”.

En medio de tales fenómenos todos sabemos que hay un grupo de *nuestro* pueblo que sufre más que nunca por falta de recursos y que la brecha entre ellos y los aludidos más arriba no disminuye.

¿Qué actitud debe tomar el monje enfrentado a esa ironía? ¿Cuál sería su estabilidad? ¿No sería más que un diploma de longevidad y de resistencia? En medio de su desasosiego es fácil para el monje “moderno” dejarse llevar por las corrientes y valores que lo sacuden. Encarado con estas realidades es fácil que llegue a preguntarse: ¿Qué puedo hacer? La respuesta en casos demasiado frecuentes sería *nada*.

Hoy en día cuando tantos aceptan una actitud personal cada vez más sofisticada como es la de nuestra época –la droga, el sexo, el trabajo compulsivo, la seguridad a toda costa, y hasta cosas que en sí son inocuas como el dormir y el comer– que puede protegerlos de una actualidad deprimente ¿cómo pueden el monje y la monja evitar tales manifestaciones de inestabilidad?

Todos tenemos en una parte de la personalidad, áreas personales en que no queremos o no podemos hacerle frente a los problemas. La manera que escogemos para encararlos es de importancia trascendental. Se ve más que nunca que las buenas intenciones no bastan. El permanecer en la lucha y el acometer en determinada comunidad toma proporciones inesperadas.

La filosofía encarna la incertidumbre de la edad con la descripción de la existencia de muchos “ahoras”¹¹⁸ haciendo al individuo más sensible a la evolución en el futuro que a la fidelidad presente, hasta darle la impresión de que la liberación del peso del pasado es la salvación anhelada. Y por el otro lado más y más se acude al psicoanálisis en busca del pasado como a la salvación para hacerse prisioneros de lo que les había acontecido en los lustros pasados. Y el presente ¿qué?

Tampoco son pocas las críticas que brotan de sitios tan diversos contra la enormidad de la indisolubilidad del matrimonio y la vida comprometida de por vida. El hombre es variable, el hombre se cansa, el hombre quiere ver nuevas cosas y experimentar sensaciones inéditas¹¹⁹. Por eso teme hacer un compromiso duradero. Prefiere más bien una serie de pactos a corto plazo, *por si acaso...*

¹¹⁷ Véase P. R. BIZE, y C. VALLIER, *Una Vida Nueva: La Tercera Edad* (Ediciones Mensajero, Bilbao, 1973). Se entiende por tercera edad los años 56 a los 84, siendo 1 a los 28 la primera edad, y 28 a los 56 la segunda edad, el tiempo de la madurez.

¹¹⁸ Véase P. SAENZ, *Diálogo del Silencio* (Buenos Aires, 1967), 33-42.

¹¹⁹ Tales experiencias no son por una parte nada nuevas. La monotonía del horario monástico, ganas de cambiar de medio ambiente, deseo de emigrar, lo atrayente de lo versátil y acomodaticio, disgusto del lugar-celda-hermanos, la sensación de ser

Una manifestación de esto frecuentemente vivida en nuestros monasterios se encuentra en el área de trabajo. Por cualquier trastorno personal se sugiere otro trabajo porque el actual, por una u otra razón, no puede ser realizado por el individuo. Y la ilusión sigue. Hay casos de distanciamiento, y hasta un auto-exilio, o una oposición estéril y la inhabilidad de aportar algo constructivo.

Estas manifestaciones a nivel del individuo monje se mencionan para dar una idea de lo que pasa también a nivel de las comunidades. Ellas también pueden buscar escapes para no enfrentarse a las realidades de la época y del lugar en donde se localizan. Buscan el apostolado perfecto. Cambian de una cosa a otra con la esperanza de descubrir por fin lo que deben hacer. Se teme escoger un apostolado e invertir mucho –sí, en dinero y en personal–. Se duda si institucionalizarse en tal o cual forma porque no se sabe qué pasará en el futuro. Hay muchas cosas inestables. En lugar de adoptar una posición bien clara en favor de los hombres que necesitan nuestros servicios y ministerios es fácil encerrarse en un círculo vicioso sin estar haciendo *nada*. Tampoco como comunidad podemos contraer un compromiso duradero por una variedad de razones. Por lo menos, hasta aquí puede llegar una comunidad. La inestabilidad que nos rodea nos puede golpear fuertemente.

Es verdad de verdades que vivimos en un tiempo de reclamo para la seguridad. Los gobiernos la prometen, las grandes compañías la venden por un precio cada vez más alto y para casi todo lo imaginable. Los crímenes políticos van en aumento, los crímenes contra la propiedad siguen una trayectoria escalofriante. “Crímenes” contra personas en su trabajo están ya institucionalizados en tasas de inflación que oscilan regularmente entre el 20 y el 300 por ciento anual en nuestros países. Es fácil retirarse detrás de los muros y prepararse para la guerra por lo menos en cuanto a la forma de pensar. Y para darnos la impresión de seguridad, surge cada vez más grande la doctrina de la seguridad nacional.

Estos y muchos otros problemas como el de la explosión demográfica, la dependencia, y el subdesarrollo toman proporciones que nos hacen sentir desvalidos e inútiles. Saber cuáles son las áreas problemáticas es lo más fácil. Al fin y al cabo, ¿qué podemos hacer? ¿Qué debemos hacer? Frente a hechos de ‘seguridad nacional’ que, con fervor que puede denominarse religioso, niegan los derechos más fundamentales de inocentes, ¿qué actitud debe asumir una comunidad monástica? Cuando hay cantidades de pobres con familias grandes, habiendo seguido las enseñanzas eclesíásticas contra el control de la natalidad –los de la clase media para arriba han resuelto el dilema por sus propios medios– ¿qué puede hacer una fraternidad pequeña de hombres o mujeres que en verdad aliviara la situación?

Estos y otros tantos asuntos son los que los obispos de nuestro continente están abordando precisamente en estos momentos. Como en Medellín hace diez años van a salir documentos inspiradores. Pero la pregunta permanece: ¿cómo podemos nosotros, como parte de este pueblo, poner en práctica en nuestro círculo de acción tales enseñanzas? Concretar, definir, localizar estos ideales procede de nuestra estabilidad.

E. PISTAS PARA UNA FORMACIÓN EN LA ESTABILIDAD

Si la estabilidad refleja lo peculiar y lo específico de una comunidad dada, con abad-superior y miembros determinados, una formación en la estabilidad debe hacer posible que todos (tanto los recién llegados como los que llevan años) estén al tanto de lo que pasa en la comunidad para participar en la dirección general y tener la oportunidad de incorporarse en cuanto les sea posible. Sin duda un interés, especialmente un trabajo común, promueve la estabilidad porque todos convergen en una misma y constante finalidad.

inútil o defraudado, la tentación de renegar del pasado, dudas en cuanto a la salvación, o pura ilusión, todo se incluye en el término *acedia*, el llamado “demonio del mediodía” que popularizó CASIANO (*Institutiones*. Libro 10) en el occidente y reinó como la espiritualidad mayoritaria por siglos, bajo el nombre más tibio de pereza, como uno de los pecados capitales.

Pero aún antes de los intereses comunes, las personas necesitan estar seguras en sí, sabiendo que Dios las ama profundamente, para que puedan arriesgarse en la vida con perseverancia. La imagen que cada uno tiene de sí mismo debe corresponder a la realidad y su concepción del mundo debe ser bien realista, aterrizada. Por eso, los encargados de las comunidades, en nuestra era psicológica, necesitan una comprensión del funcionamiento interior de la persona humana. Sobre todo, tienen que ser personas que hayan sido liberadas de sus conflictos y complejos interiores y hayan superado las inconsistencias personales para poder ayudar a los otros a hacer lo mismo¹²⁰. Así pueden motivar a sus súbditos para que estén siempre abiertos a la comunidad, y no permitiendo que entren en la órbita de agentes libres, ese refinamiento frecuente del siglo XX: el fenómeno del vagabundeo (RB 2,26).

Estabilidad implica poder “contar con” tal persona, porque merece confianza porque está con la comunidad, es miembro *estable* de la colectividad. Tales procedimientos capacitan a los monjes a tomar decisiones personales de confianza en favor de los demás y hacen posible que en comunidad puedan hacer lo mismo, superando las limitaciones personales lleguen a actuar en favor de muchos otros.

Así como la comunidad se inserta en un lugar por su labor apostólica, los miembros van insertándose en la comunidad a través de trabajos compartidos. El monasterio es una alternativa de una vida que busca cambio como un dios, porque provee una estructura radicalmente estable que permite a los individuos organizar sus vidas.

Las estructuras sí son una forma de perfección comunitaria, complementaria de la perfección individual, que se organizan “a fin de que nadie se perturbe ni contriste en la casa de Dios” (RB 31,19). Si no hay estructuras, por razón de cosas muy insignificantes brota mucha tensión que no es creativa sino un “quita-energía” para todos. Procedimientos bien claros son el resultado de un consenso con amplia realimentación y posibilitan la paz que debe reinar en el monasterio porque reducen al mínimo la alienación, fomentan la reconciliación, y llevan a un sentido de fidelidad en los más pequeños detalles del vivir cotidiano.

Así puede una comunidad lanzarse adelante como voz profética contra valores superficiales y anti-evangélicos. Hoy en día la misión es muy parecida a la del bárbaro siglo VI de Europa: testimoniar una estabilidad fuerte a un mundo que dice y muestra que tal cosa es imposible. La comunidad segura en su identidad y misión –una llamada que viene de su Dios– puede tomar una posición frente al mundo. Claro está que no va a poder asegurar su futuro pero va a encontrarse realizada en la llamada de la fe viviendo la espiritualidad del Éxodo. Tal fidelidad tendrá sus efectos. Ayudándose cada cual a trascender sus limitaciones, reforzar metas, motivos, valores y actitudes, en conjunto superarán las capacidades sumadas y harán mucho más de lo esperado¹²¹. Todo cuanto se hace se realiza en función de la comunidad formada por el Espíritu -trabajo, estudio, hasta descanso-. Los medios disponibles se usan incansablemente en favor de las necesidades de los que nos rodean. De todos modos, tomamos una posición. Hacemos algo con la esperanza que tendrá su efecto, sabiendo que un mundo perfecto tampoco se formará en poco tiempo.

En la situación actual tenemos que darnos cuenta a la vez que cosas ni pensables en este momento pueden ser exigidas de nosotros en los tiempos venideros. Nunca sabes el futuro. Pero ahora más que nunca pueden acontecer cosas que nos hacen cambiar hasta las formas básicas de nuestras vidas. Las

¹²⁰ Véase los libros *Entering and Leaving Vocation: Intrapsychic Dynamics* (Gregorian University Press, Rome, 1976) y *Depth Psychology and Vocation* (1971) por L. RULLA, SJ, y otros. Rulla dirige el Instituto de Psicología de la Universidad Gregoriana de Roma. Él con muchos colaboradores ha investigado el fondo de los procesos interpersonales e intrapersonales que forman parte de una vocación, especialmente lo que augura la perseverancia y la efectividad en la vida consagrada.

¹²¹ El Concilio Vaticano II es un buen ejemplo de este fenómeno. Si alguien los hubiera entrevistado a todos los obispos del mundo antes de participar en el Concilio sobre sus expectativas y esperanzas y hubiera coleccionado todas estas, el conjunto habría sido increíblemente distinto de lo que de hecho pasó. Los obispos actuaron en un modo mucho más radical y forzoso de lo que individualmente habrían actuado. Para nosotros los creyentes éste es parte del fenómeno del Espíritu Santo.

estructuras de la vida monástica pueden derrumbarse más por factores externos que internos¹²². Lo único que nos toca ahora es seguir adelante haciendo lo que podamos. ¿Qué más puede esperarse?

*Monasterio de Tibatí
Colombia*

¹²² Siempre recuerdo el incidente descrito por Thomas Merton en su última conferencia en Bangkok, Thailand, el día de su muerte, sobre un lama del Tibet quien se encaró con la decisión de salir de su país para salvar su vida. ¿Qué hacer? Pidió consejo a otro padre espiritual, quien le respondió: “De ahora en adelante, hermano, todos tienen que pararse y resistir por su propia cuenta”. Merton dice que al fin y al cabo así es la esencia del monacato, si se entiende en términos de la gracia divina. No podemos confiar en muchas estructuras que de un momento a otro pueden ser destruidas por poderes políticos o la fuerza. Pero ¿qué hacemos cuando no tenemos las estructuras? Ojalá que las estructuras hayan hecho su trabajo y hayamos interiorizado aquello que procura la vida monástica: la transformación interior, la pureza de corazón. Véase T. MERTON, “Marxism and Monastic Perspectives”, en *A New Charter for Monasticism*, ed. John Moffit, (University of Notre Dame Press, South Bend, 1970).